

El sexo y los jóvenes



*¿Qué está
motivando que
más y más
jóvenes
cristianos
estén
sosteniendo
vidas dobles?
Aún más
importante,*

**¿qué pueden hacer los sacerdotes,
líderes de jóvenes, y adultos para
ayudarlos a salir victoriosos de sus
luchas constantes contra las
conductas sexuales adictivas?**

Si cuando yo tenía doce años alguien me hubiera preguntado si yo quería permanecer virgen hasta casarme, habría respondido, «claro que sí».

A la edad de trece años, habría respondido, «creo que sí».

Ya para los catorce años, habría respondido, «quizás».

A la edad de quince años, mi respuesta habría sido, «no veo cómo eso puede ser posible».

Sí, en efecto mi inocencia llegó a ser solo una memoria aquel año. El sexo pronto se convirtió en un aspecto rutinario en mis noviazgos —un precio que sentía debía pagar para recibir la atención y cariño que anhelaba. Yo tenía más de veinte años cuando entendí que yo era adicta al sexo y amor.

Mi vida privada era muy disfuncional, pero parecía que mi vida espiritual era funcional. Yo había crecido en la iglesia y era la presidenta de mi grupo de jóvenes. Organizaba muchas actividades para recaudar fondos para entidades benéficas y asistía a muchos conciertos. Aun con estas actividades e influencias cristianas, no recuerdo haber sentido mucha culpa ni

remordimiento por llevar una vida doble. En ese entonces, el sexo no era un tema común de conversación entre los cristianos. No preguntábamos ni hablábamos sobre el asunto. Lo que yo no sabía no me producía ninguna convicción.

En lugar de ver el sexo como una expresión de amor entre las personas comprometidas en una relación matrimonial, la generación actual frecuentemente rechaza el romance y no está a la expectativa de alguna relación seria de cualquier tipo después de un encuentro sexual. Se entiende que ambos solo están en busca del sexo, y que una vez que han conseguido eso, se acaba la relación. Lo que causa, sin embargo, es cómo esta filosofía relacional ha resultado socialmente aceptable entre la juventud de hoy.

Una estudiante universitaria, Natalia, escribió en la columna «El sexo y la ciudad» del periódico de la universidad: «Luego de conocer a un hombre, las mujeres saben en menos de cinco minutos si

se acostarán con él o no. Pero... las mujeres no quieren que el hombre se entere de eso hasta el momento en que lo están haciendo. Es después de eso cuando los hombres tienden a ser ambiguos [te ignoran]. Es su venganza. ¿Quieren hacerlo otra vez? No sé. ¿Quieren salir? No sé. ¿Son heterosexuales? No sé. ¿Nombre? No sé». Según un artículo de MSNBC, una encuesta a 555 universitarios reveló que 78 % de los estudiantes se habían acostado con alguien con quien no han cultivado una ninguna relación romántica y la persona media ha tenido 10,8 compañeros sexuales sin ninguna relación durante su estadía en la universidad. Si preguntara a cualquiera de estos estudiantes si son adictos al sexo, la mayoría le respondería lo que yo le hubiera contestado como joven adicta: «Claro que no. Puedo parar cuando quiera».



Una defensa más fuerte

¿Cómo podemos ayudar a los jóvenes a protegerse del pecado sexual?

Hemos intentado con diligencia enseñarles cómo protegerse de la tentación de llegar a las relaciones sexuales íntimas con otra persona. Hemos enfatizado la virginidad física y la necesidad de esperar hasta el matrimonio para practicar relaciones sexuales, pero yo propongo que veamos el asunto con una perspectiva integral más amplia.

Nuestra sexualidad no tiene que ver con lo que practicamos con nuestros cuerpos, sino con quiénes somos —mente, cuerpo, corazón, y alma. A menos que guardemos cuidadosamente no solamente nuestro cuerpo, sino también

nuestra mente, corazón, y espíritu, seremos vulnerables para las tentaciones sexuales.

No es simplemente que los cristianos deciden un día cometer un pecado sexual con sus cuerpos o convertirse en adictos al sexo. **El pecado empieza en nuestra mente** cuando permitimos que los mensajes del mundo infecten nuestros pensamientos hasta que nuestra visión espiritual se opaque. **Nuestros pensamientos afectan nuestro corazón** y los pensamientos distorsionados se desarrollan sobre creencias distorsionadas. **De la abundancia del corazón habla la boca**, y nos encontramos disfrutando de un juego divertido de coquetear inocentemente con alguien del sexo opuesto (o del mismo sexo en caso de homosexualidad).

Cuando la fascinación con esta persona se intensifica, empezamos a pensar que él o ella es el cumplimiento de nuestros anhelos. Entonces somos como una mariposa nocturna atraída por la llama, enamorada por su resplandor pero

ignorante de su fuerza destructiva. Este fue exactamente el camino que seguí por el cual asfixié mi deseo de la edad de doce años de mantenerme sexualmente pura y por el que a la edad de quince años ya era una adicta al sexo. Debido a que yo no sabía cómo proteger mi mente, corazón, y espíritu de las relaciones inapropiadas, mi cuerpo pronto se convirtió en una víctima de mi guerra privada por la integridad sexual.

Guardar nuestra mente



Cuando los jóvenes recuerdan los pasos que siguieron para compartirnos cómo empezó su batalla personal, con frecuencia remiten a su adolescencia cuando buscaban respuestas a sus inquietudes inocentes acerca del sexo y apropiadas a su edad. Debido a que los jóvenes de hoy frecuentemente temen que los adultos se aterren o saquen conclusiones falsas acerca de sus curiosidades sexuales, ellos usan la Internet para encontrar respuestas. Desafortunadamente, las respuestas que reciben en el ciberespacio no satisfacen sus curiosidades sexuales. Más bien, la llama se prende aún más porque sus curiosidades se despiertan en gran medida pero sin orientación. Considere estas estadísticas:

- La edad media en la que una persona está expuesta a la pornografía en Internet es once años de edad.
- Los consumidores más grandes de la pornografía en la Internet son los jóvenes de doce a diecisiete años.
- Noventa por ciento de los adolescentes de ocho a dieciséis años han visto pornografía en línea.
- Ochenta por ciento de los jóvenes de quince a diecisiete años han tenido múltiples exposiciones a la pornografía pesada.
- Treinta y cinco por ciento de la información que bajan entre sí (1.5 billones por mes) es pornográfica.
- Ochenta y nueve por ciento de peticiones sexuales entre los jóvenes ocurren en los cuartos de charla en la Internet.
- Veinte por ciento de los jóvenes han recibido una invitación sexual por Internet.(3)

La pornografía en la Internet y los cuartos de charla no son las únicas maneras que las mentes jóvenes están siendo atacadas. También tenemos que advertir a nuestros niños y jóvenes de los peligros de los programas de televisión, las películas, la música, las revistas, las novelas de romance, y otros medios de comunicación que pueden quitar la pureza sexual de su mente y llenarla de deseos lujuriosos. Si podemos parar las tentaciones sexuales de la mente, no tendremos la necesidad de preocuparnos que nuestro corazón, espíritu, y cuerpo cedan a la tentación. Pero si no obtenemos éxito en mantener pura nuestra mente, nuestra batalla se intensificará.

Guardar nuestro espíritu

Después de varios años de matrimonio, me quejé con Greg, «Tú no satisfaces mis necesidades emocionales». Yo estuve pensando en dejarlo para salir al

encuentro del amor que pensé que merecía.

Pero Greg podía ver mis necesidades a pesar de mis debilidades y él me habló la verdad en amor. Me amonestó, «Shannon, tienes un pozo profundo lleno de necesidades emocionales. Hasta que empieces a buscar a Dios para satisfacer tus necesidades, no encontrarás nada que yo ni cualquier otro hombre puede hacer para satisfacerte».

Aunque la verdad me dolía, no la podía negar. En todos mis años de promiscuidad, ningún hombre me pudo satisfacer. Pero, **¿podría Dios satisfacer los anhelos de mi corazón?** Después de seis meses de consejería, oración intensa, y estudio de la Biblia finalmente

pude arrepentirme de mis patrones relacionales adictivos.

Yo reconocí que Jesús no solamente era mi salvador, sino también el amante de mi alma. Finalmente pude someterme a él como el Señor de mi vida.



Anime a los jóvenes a leer el libro de Oseas. Los adictos al sexo y al amor pueden reconocerse a sí mismos en la persona de

Gomer. Es posible que hayamos sido infieles en el pasado, pero el Señor sigue

siendo fiel para sacarnos de nuestro egoísmo y nuestras búsquedas relacionales dañinas para que él nos pueda desposar a sí mismo en «justicia, juicio, benignidad y misericordia» (Oseas 2.19). Abrazar a Jesús, entender qué tan preciosos somos para él, y reconocer que nadie puede tomar su lugar legítimo en nuestro corazón es el mejor remedio contra cualquier adicción de esclavitud.